Zeitschrift: Hispanica Helvetica

Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos

Band: 4 (1992)

Artikel: En busca de los pasos perdidos : a propósito de un relato de Alejo Carpentier

Autor: Borel, Jean Paul

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840918

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 16.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

EN BUSCA DE LOS PASOS PERDIDOS
(A propósito de un relato de Alejo Carpentier)

Jean Paul BOREL
Université de Neuchâtel

Recuerdo con cuánta emoción compartí, hace ya muchos, muchos años, el viaje que Alejo Carpentier describe en *Los pasos perdidos*, desde una capital de tipo occidental hasta algo que merecía, más que Canudos, el nombre de «Fin del mundo». Lo acompañé a la capital latinoamericana, a la ciudad de provincia, al pueblo lejano y me adentré con él en la Selva. Por fin llegamos al Paraíso terrenal y compartimos durante algún tiempo la vida de los «indígenas». Pero cuando aterrizó el avión que lo había de llevar otra vez hacia la «civilización», me negué a seguirlo y me quedé; me quedo.

Yo nunca le había parecido muy atractivo a Rosario, de manera que no fue conmigo con quien se consoló de la marcha de su compañero, sino con Pedro, el hijo del jefe de la tribu (así traduzco su nombre —Shi— aunque a él no le gustaba mucho esa castellanización y sólo la aceptaba para usos oficiales). Lo sentí, porque como cualquier lector de esa novela, me había enamorado de Rosario desde el primer día; pero me pareció lógico ... ¡Qué palabra más extraña, en relación con un problema tan matizado y, sobre todo, tan intercultural! He resistido la tentación de escribir «interétnico», porque dicen que suena a etnocentrismo, cuando no a racismo. En realidad eran más bien varios «universos» distintos los que coexistían en Santa Mónica de los Venados. Entonces, ¿qué lógica —«cuál lógica», como le gusta decir a un amigo peruano entrañable— atribuía Rosario al hijo del jefe más que a mí? A primera vista o, por lo menos, en el momento en que yo usé la palabra, se trataba de la misma lógica que aquella que le lleva a Carpentier a comentar su viaje: cuando dice que, al realizar el viaje espacial, ha remontado el tiempo hasta la Edad de Piedra. En realidad, cuando llegamos al final del viaje yo no había tenido la sensación de remontar el tiempo, en nin-

gún momento. Alejo tampoco había aludido a ello y creo que fue sólo mucho más tarde, al decidirse a relatar por escrito nuestro viaje, cuando le vino esa idea estrambótica, que iba a tener tanta resonancia y que los críticos iban a tomar muy en serio. Me imagino ahora —yo, anciano cercano a la muerte en Santa Mónica de los Venados— cómo le habrá divertido a Alejo la credulidad de los críticos. Está claro que él sabía perfectamente que, en aquel Fin del mundo, había descubierto «lo otro», y no un momento pretérito de nuestro tiempo occidental. Fue al decidirse a escribir un libro, para lectores occidentales (por muy cubanos que fueran algunos de ellos, todos sus lectores eran seres aculturados, de formación occidental, apenas matizada por unos parámetros de color africano), cuando pensó en cómo interesarlos, cómo escribir un relato de viaje nuevo, distinto de otros tantos, es decir con probabilidad de éxito comercial. Y se le ocurrió el mito del «retorno a la semilla», que ya tenía sus títulos de nobleza. Además, el tema estaba de moda y, como a nadie le deja indiferente la idea de vender o no sus libros, lo cultivó. Y en fin, él sabía que podía contar con la ingenuidad de los críticos y los universitarios, y que a ninguno de ellos se le ocurriría poner en cuestión la vuelta atrás en el tiempo. Apenas desaparecido el avión, quedó planteado el problema de Rosario: un soltero, en sí, no llama la atención. Yo, por mi edad ya madura, era un poco más problemático que Pedro o dos o tres jóvenes más, todavía sin mujer. Pero yo no era un caso único —había tres o cuatro ancianos (una mujer, varones los demás) que no se habían casado nunca— y además, por muy aculturado que yo estuviera, todavía no me consideraban uno de los suyos y mi estatuto ambiguo confería a cualquier actitud mía el carácter de «normal». Pero una mujer casada no podía quedarse sola después de la muerte (en sentido amplio, y todos sabíamos ya que Alejo no podría volver nunca a Santa Mónica, y sabíamos por qué, escribiera él lo que escribiere en su libro) de su compañero. Así que, apenas desaparecido el avión y extinguido el ruido de su motor (lo oímos todavía unos minutos, después de perderlo de vista detrás de los árboles), nos pusimos en corro, nos sentamos y nos miramos. La expresión de los demás jóvenes todavía sin casar resultó clara: no eran candidatos, porque sabían con quién iban a vivir; creo que era un secreto para todos los miembros del clan, porque fue necesario un largo intercambio de miradas para que quedáramos solos, Pedro y yo, como posibles sustitutos de Alejo. Confieso que, una vez evidente esa situación, pasé un mal rato. La jerarquía vigente en la comunidad le atribuía más peso a la edad que a la cualidad de hijo del jefe, así que yo tenía alguna ventaja —además de lo mucho que me gustaba Rosario. Pero, por

otra parte, me pareció observar que a todos les parecía más... Más ... ¿qué? Mi mitad occidental pensó «más lógico», pero la otra mitad me impidió siquiera buscar un equivalente (gestual o lingüístico) de esa expresión. Los demás sintieron el callejón sin salida en el que me encontraba y me agradecieron la «toma de conciencia» (ustedes ya comprenden el porqué de las comillas, ¿no?). Ese agradecimiento, profundo y sincero, compensó un poco la tristeza de quedarme soltero, aunque algunas mujeres lo interpretaron de otra manera. Pero fue así. Rosario había tenido la delicadeza de no expresar su preferencia, que de todas formas hubiera confirmado el veredicto colectivo.

Fue así, y por ello me sobró tiempo para pensar en la dichosa lógica. Primero evoqué en mi mente los prodigiosos aciertos de nuestra lógica occidental, sus refinamientos, sus astucias, la efectividad de la dialéctica. También pensé en el conjunto que esa lógica forma con las matemáticas, la geometría, las demás ciencias llamadas exactas, para lograr resultados técnicos tan espectaculares como el viaje a la luna o los microscopios electrónicos y el TGV. Pensé, conmovido, en las computadoras, en mi modesto PC de años atrás, y en los últimos adelantos de los que había oído hablar, sin entender bien de lo que se trataba. Recuerdo perfectamente que esa palabra —«adelantos»— apareció en mi mente pero, al mismo tiempo, desencadenó una reflexión inversa. Yo sabía perfectamente que nuestro Maestro, fundador de la aldea, merecía el nombre de Adelantado con el que todos lo designábamos. Recordé durante unos segundos todas aquellas palabras cuyo uso etnocéntrico me había molestado tantas veces —civilización, progreso, desarrollo, modelo, etc.—y se me presentaron los aspectos más discutibles de nuestra ciencia, resumidos en la expresión del poeta: «Lo han explorado todo, excepto lo más humano» (no busquen, traduzco del francés: «Ils ont tout exploré, à part le plus intime, Secondé les plus bas desseins de création»). Y sentí la incapacidad absoluta de nuestra lógica para resolver un problema tan delicado como la elección del mejor sustituto de Alejo, al lado de la bella Rosario. Ellos disponían —o en cierto sentido nosotros, puesto que yo estaba aprendiendo los elementos de «su»... ¡de su lógica, sí!— ellos disponían de un sistema de pensamiento y de comunicación mucho más eficaz que el nuestro, y que había encontrado la mejor solución, sin lugar a dudas. No podría valorar en minutos, horas o días el tiempo que duró la deliberación: al formar el corro, sabíamos que empezaba una «duración» (traduzco lo mejor que puedo ...) indeterminada, dedicada exclusivamente a la solución del problema recién aparecido.

Así que, en un primer momento, traté de devolverme a mí mismo algún brillo a través de «nuestra» lógica, demostrando que el mestizaje, étnico y cultural, podía enriquecer la colectividad y que, como conocedor de ambas maneras de pensar y de vivir, yo era más capaz que Pedro de asumir la complejidad de la situación, puesto que Rosario había vivido ya bastante tiempo con un occidental. Pero no lograba convencerme ni a mí mismo: sentía perfectamente, gracias a mi larga práctica del nuevo MPV, que ellos, que nosotros teníamos razón y que la elección de Pedro correspondía a la mayor probabilidad de felicidad para todos: Rosario, Pedro, yo, y la colectividad toda. Y comprendí que esa nueva lógica tenía, entre otras características, la de no poder o no querer separar lo colectivo de lo individual. En ella, automática y «lógica»-mente, cualquier dato individual ES colectivo, como cualquier fenómeno colectivo toma en cuenta todas las dimensiones personales de cada miembro de la comunidad —todo ello, claro, en articulación con el mundo circundante y su evolución continua, en buena lógica orteguiana. Es decir que ellos practicaban la Razón Vital e Histórica de Ortega con tanta naturalidad como nosotros seguimos pensando... mejor dicho, como ustedes los occidentales siguen pensando, en la vida cotidiana, según los esquemas cartesianos más ingenuos, tan pasados de moda oficialmente.

Por eso cuando, años después, llegó a Santa Mónica un ejemplar de *Los pasos perdidos*, comprendí en seguida el lazo que Alejo les había tendido a sus lectores y críticos. Al abandonar la aldea, él sabía perfectamente que no volvería y sabía exactamente por qué no podría o no querría volver. Si los habitantes de Santa Mónica vivieran en la Edad de Piedra, como él lo sugiere en la versión definitiva, sí tendría sentido quedarse con ellos para ayudarlos a recuperar el tiempo perdido, los pasos perdidos; en ese caso, en efecto, no tendrían otra solución que recorrer un día u otro el mismo camino que los «desarrollados»; así que cuanto antes mejor. Pero como Alejo sabía que ellos habían elegido, milenarios antes, una vía distinta y de tanto valor como la suya, si no de más, entonces o se quedaba para compartir en la medida de lo posible esa otra faceta de lo humano, o se iba. Y se sentía demasiado occidental para ese choque cultural y prefirió irse a pesar de lo bien que lo pasaba, no sólo con Rosario, sino también con todos los santamoniqueños.

Entonces, se divirtió imaginando la tentativa de regreso de su héroe, pero con bastante claridad para que nadie (o casi nadie, pero hay eruditos tan acostumbrados al mundo de las bibliotecas y tan desacostumbrados del mundo sublunar que caen en cualquier trampa) investigase en su biografía y saber si en efecto había realizado él esa vuelta desesperada. Alejo

sabía con toda certeza que el modo de pensar y de vivir de los habitantes de Santa Mónica de los Venados, si bien no había descubierto ni la fusión ni siquiera la desintegración del átomo, llegaba a una eficacia insospechable para ustedes (ya no se me escapa el «nosotros», lo celebro) para la solución de los problemas humanos. ¿Saben? Esos problemas vitales, reales, de los que la Razón Vital orteguiana debe ocuparse, y enmarcarlos en la trayectoria histórica que les da sentido ... Pues hace tiempo que esa Razón, Vital e Histórica, que el europeo medio aún desconoce totalmente, los «indígenas» la manejan a la perfección. Si tuvieran la posibilidad (y el deseo ...) de viajar en sentido inverso, ellos también experimentarían la sensación de remontar el tiempo, de encontrarse con gentes que «todavía» manejan conceptos cartesianos en la realidad diaria, y han desarrollado (gracias al pensamiento postcartesiano e incluso postkantiano) una técnica ... no sólo inútil sino altamente peligrosa, por no decir nefasta. Una vez más, no tengo otro remedio que traducir en términos occidentales la reacción probable de aquellos «indígenas»; y conste que, cuando apareció por primera vez esa última palabra, ya le puse las comillas necesarias (así como a la mal llamada «civilización» a la que suelen ustedes oponer «lo primitivo»), para evitarles una confusión excesiva.

Hasta entonces, yo había vivido en la aldea del Fin del mundo sin reflexionar demasiado (llamando «reflexionar» a lo que ustedes designan con esa palabra). Presentía, en efecto, que el MPV vigente era algo mucho más elaborado y refinado que todos los conceptos que yo había aprendido a manejar en la Universidad. Fue el episodio algo doloroso de la pérdida definitiva de Rosario el que me impulsó a acordarme del sentido profundo de la «reflexión» y a tratar de comprender lo que me estaba pasando e incluirlo en mi trayectoria existencial completa.

Recordé el tiempo pasado en América latina —dos o tres años— y la atracción sentida entonces por el modo de pensar y de vivir de los ... «indígenas» quechuahablantes; recordé mi intuición, ya en la época, de que ellos eran mucho más adelantados que «nosotros» (yo entonces aún formaba parte estrictamente del mundo occidental) en su visión del mundo, en su concepción de las relaciones entre el individuo y la colectividad, y entre el hombre y la naturaleza o la Transcendencia.

Muchos de los esquemas que por aquel entonces me expusieron mi amigo entrañable ya mencionado, bicultural, y algunos colegas suyos, traduciendo a veces el discurso de un viejo serrano (incluso ellos rechazan la palabra «indio», no por ser despectiva en la boca de los demás, sino porque no se sienten tan próximos a la India), me parecían coincidir

en buena parte con unos artículos que acababa de leer, en revistas de sicología, de sociología, de medicina y de política, pero vinculados entre sí ahora, en una visión global de la que los pensadores occidentales estaban aún muy lejos y, además, con más flexibilidad, es decir con mayores probabilidades de adaptarse a realidades concretas.

Recordé un texto de la «mitología» guaraní (las comillas, para recordar que es mitología la religión de los otros), en el que yo había encontrado una descripción de la dialéctica entre lo uno y lo otro que me había parecido bastante más fina y realista que los análisis de Sartre, que sin embargo yo había admirado tanto pocos años antes.

Recordé el año pasado en China, y la misma atracción, ejercida por el MPV de esos mil millones (y algo) de seres humanos, en el que se articulan —dialécticamente— los valores tradicionales de la «sabiduría oriental» y los esquemas nacidos de la creación de una nación moderna. Recordé que en aquel entonces de mi experiencia china, casi había caído, al principio, en la trampa que Alejo había disimulado en *Los pasos perdidos*: en muchos aspectos, primero tuve la impresión de que los chinos «todavía» vivían en el romanticismo del XIX, o que su concepción de la vida —en particular, su visión de la pareja, la familia, los varios niveles de la colectividad— correspondía a la «nuestra» de principios del XX. Y poco a poco me di cuenta de que, si bien en ciertos aspectos ese MPV «se parece» un poco al MPV europeo de principios de siglo, la semejanza no va más allá y esconde, al contrario, una adaptación perfecta a los problemas ... vitales e históricos (perdóneme, Don José), concretos. No aludo, claro está, al pensamiento oficial que no me corresponde calificar de bueno o de malo. Me refiero a la manera como el «indígena» (uso la palabra para que no olviden ustedes que estoy peleando contra el etnocentrismo) se las arregla para sobrevivir, material y espiritualmente, dentro de la formidable aventura china, que nadie puede comprender a partir de conceptos, esquemas o teorías occidentales.

Esa larga reflexión me hizo comprender el título del libro de Alejo, que relata (dejándome deliberadamente en la sombra, como es natural) nuestro viaje hasta el mismo corazón de la Selva, su lamentable y doloroso regreso (a la Ciudad y luego, en pura ficción novelesca, a la Selva otra vez, pero frustrado de antemano). Se me había ocurrido que la expresión aludía a que el héroe se había perdido al internarse en la Selva; luego pensé que había perdido los pasos que podían conducir a Santa Mónica, con lo cual aludiría a la imposibilidad de rehacer una experiencia límite, del tipo de aquella. Descarté esas primeras hipótesis, no por

falsas sino por incompletas, así como descarté cualquier alusión a una «sala de los pasos perdidos», por la que deambulan los que están esperando: nuestra época no nos ofrece el gusto, el placer tranquilo, sin prisa, de la espera; aunque tampoco el consuelo de la esperanza. Supuse, con más verosimilitud, que era una trampa más, en correlación con el mito del viaje a la semilla. Remontar el tiempo, llegar a la Edad de Piedra, es perder el tiempo y los pasos, puesto que la humanidad ya ha hecho ese recorrido. Puede ser divertido, conmovedor, pero no sirve de nada: tenemos que ir hacia adelante, hacia mañana —¡y por eso el héroe novelesco tiene qué regresar a la «civilización», al grado superior de la evoluci6n y de la historia! Y además no tenemos otro remedio: el tiempo fenoménico, el único que conocemos, es lineal e irreversible. Sólo el poeta puede permitirse el lujo, gratuito e inútil («maravillosamente inútil», pretende él) de imaginarlo reversible y deleitarse remontándolo; no es sino un pasatiempo al que la urgencia de los problemas vitales e históricos da una coloración de futilidad irresponsable; y si lo dudan pregunten a Ortega y Gasset, que de ello sabe más que yo y probablemente más que nadie, hoy todavía.

Lo perdido —me dije entonces— se busca, con el deseo de volver a encontrarlo. ¿Qué pasos se nos han perdido? Los que, en cierto momento de su historia, «nuestra» humanidad hubiera podido dar y no dio, por haber elegido otros pasos. Ya sé que la elección era necesaria, hasta cierto punto: uno no puede explorar todas las vías posibles. De donde esas últimas comillas (últimas hasta el momento ...): se me tachará de poco humanista, pero creo que la humanidad es múltiple, y además lo celebro.

La cultura «moderna» (ya ven que aparecen más comillas) desciende de una de aquellas elecciones dramáticas entre unos pasos u otros. Algunos lejanos antepasados nuestros han elegido el camino que luego iba a desembocar en el esplendor de la civilización helénica, de la que somos retoños, y de la que el propio Alejo Carpentier (recuerdo la conferencia que dio, hace unos treinta años me imagino, en el Club 44 de la Chaux-de-Fonds) se empeña en decir que desciende la cultura cubana, olvidando a veces (fingiendo olvidar) todo lo que ésa le debe al MPV africano. Y no se me ocurre negar dicho esplendor y los resultados excepcionales obtenidos por esa trayectoria humana.

Lo que me parece esencial es no olvidar que esa elección supuso el abandono, la «pérdida» de otros pasos, en otras direcciones, según otras vías, y que han producido resultados de tanto valor y de tanta importancia como los nuestros, aunque menos espectaculares a primera vista. La

«calidad de vida» alcanzada por «otras» humanidades —nunca perfecta, puesto que lo humano es imperfecto por definición, y menos mal que es así— es distinta de la nuestra, pero nada nos permite afirmar que sea inferior ni excluir la posibilidad de que sea superior. Ahora bien, no nos interesa valorar de esa manera, en una especie de competición, las varias vías elegidas por las varias humanidades. Lo que sí cabe hacer es volver al concepto de humanidad, una sola y única humanidad, pero de la que los occidentales no son representantes mejores, ni más avanzados o adelantados, que los demás grupos humanos.

Los pasos que los occidentales hemos perdido, cuando nuestros antepasados eligieron otros, que nos han llevado hasta donde estamos hoy, los podemos buscar y volver a encontrar en el contacto con otras colectividades. Si bien ellas han «perdido» los pasos que llevan a la bomba atómica y al «way of life» que consideramos, de manera etnocéntrica, el Modelo del Progreso y el Desarrollo (no insisto en la ironía de las mayúsculas), han encontrado, han elegido otros y los han seguido hasta descubrir valores que nosotros ni siquiera sospechamos. Pero, por el contacto (no paternalista) con esas otras humanidades, por el convencimiento profundo y sincero de que ellos saben tanto como nosotros —es decir menos en ciertos niveles pero mucho más en otros— podemos recuperar lo perdido y, al mismo tiempo, ofrecer lo mejor de nuestra aventura histórica.

El que algunas «humanidades» se hayan quedado en la Edad de Piedra en el nivel técnico (lo que nosotros llamamos técnica, además) no impide sino al contrario supone que, en otros niveles, se han adelantado a nosotros. Esa es la verdadera visión humanista, manejada con alguna ironía por Alejo Carpentier, quien sabía perfectamente qué sentido dar a la voluntad de que nada humano nos quedara extraño. Por eso no quise seguir a Alejo cuando el avión vino a rescatarnos. ¿Rescatar? Yo había vuelto a encontrar los pasos, perdidos por no sé cuáles lejanos antepasados, y me pareció absurdo remontar el tiempo, desde la sabiduría de los adelantados de Santa Mónica de los Venados, hasta la Edad de Plástico de los «indígenas» de América del Norte o de Europa. Tenía la impresión de haberle sacado no todo lo bueno, pero sí lo esencial, a aquella que fue mi cultura; los pocos años que me quedaban por vivir sólo iban a alcanzarme para adquirir unas migas del enorme potencial humano de esta cultura «primitiva».

Si ustedes buscan unos pasos perdidos, los pueden encontrar en un relato de Alejo Carpentier. ¡Pero no lo lean con demasiada ingenuidad!